

LIBRO VEINTISEIS.

Proscripciones.—Asesinato del duque de Larochehoucauld en Gisors.—Degüellos en Orleans, en Lyon, en Meaux, en Reims y en Versalles.—El corregidor Richaud.—Danton acepta la responsabilidad de las jornadas de Setiembre.

I

Francia temblaba de horror y de espanto. El Consejo del ayuntamiento de Paris se envolvía en su crimen al atreverse á redactar una proclama dirigida á los departamentos recomendándoles los asesinatos de Setiembre como un ejemplo digno de imitacion. Envanecerse del crimen es más que cometerlo: es asociarse friamente á su responsabilidad, sin tener la excusa de la pasion que lo explica. El ejemplo de la impunidad de los degüellos de Paris hablaba muy alto á las provincias. Este estímulo tácito fué comprendido. El duque de Larochehoucauld, el más popular de los aristócratas despues de Lafayette, se habia hecho odioso á la multitud. Como presidente del departamento de Paris, habia pedido el 20 de Junio la destitucion de Petion. Esta fué su sentencia. Habiéndose retirado despues del 10 de Agosto á los baños de Forges con la duquesa de Enville, su madre, y con su jóven esposa, recibió allí una orden de prision del ayuntamiento por uno de sus procónsules de la casa de la ciudad. El comisionado, asustado de su mision, aconsejó al duque que no se fiase en su inocencia y que se fugase á Inglaterra. Larochehoucauld lo rehusó, y se puso en marcha para Paris con su madre, su esposa y el comisionado del ayuntamiento. Un batallon de la guardia nacional de Finisterre y un destacamento de asesinos de Paris le esperaban en Gisors. Estos pidieron su cabeza, y en vano se esforzaron para protegerle el corregidor y la guarnicion de aquel pueblo. Miéntras que el coche en que iban las señoras tomaba la delantera, una fila de municipales y de guardias nacionales escoltó al preso fuera de la ciudad por calles extraviadas. ¡Vana precaucion! Al salir de las puertas, una porcion de carruajes obstruian el paso, y la fila se separó. Un asesino cogió una piedra y la tiró á la cabeza del duque, dejándole muerto en medio del pueblo á quien habia consagrado su vida. El cadáver fué entregado á su mujer y á su madre, que le creian en salvo. Este asesinato en uno de los primeros apóstoles de la libertad y de la filosofía resonó como un sacrilegio en toda Europa. Ningun crimen despopularizó más á la revolucion. Parecia ésta parricida desde que hubo asesinado al padre del pueblo. El gran orador Burke y sus amigos en el Parlamento inglés se avergonzaron de fraternizar con los asesinos de Larochehoucauld, y cambiaron sus apoteosis en imprecaciones.

En Orleans, la guardia nacional, que el corregidor habia desarmado, dejó impunemente violar las cárceles, saquear las casas de los principales magnates, asesinar ocho ó diez personas, y en fin, quemar á fuego lento en un brasero encendido en la plaza pública á dos dependientes de una refinería de azúcar que habian intentado sustraer del pillaje la casa de su principal. En Lyon, la noticia de las jornadas de Paris excitó una feroz emulacion en el pueblo. Dos mil personas entre hombres, mujeres y muchachos, salidos de la hez de aquella gran reunion de trabajadores nómadas, se trasladaron, á pesar de la resistencia del corregidor Vitet y del comandante de la ciudad, Imbert Colomez, al castillo de Pierre-Encise, y forzando las puertas, asesinaron á veintiun oficiales del regimiento Real de Polonia que estaban encerrados en aquel fuerte. De allí se fueron á las cárceles civiles y degollaron á todos los presos que encontraron, sin distincion, clavando en los árboles del paseo de Bellecour los miembros mutilados de sus víctimas.

Ronsin, comandante de uno de los batallones de Paris, compuesto de vencedores del 10 Agosto y de algunos asesinos de Setiembre, pasaba por Meaux, dirigiéndose á la frontera. A su llegada, reprendió al corregidor por no haber seguido aún el ejemplo del ayuntamiento de Paris. Recorrió acto continuo sable en mano las calles de la poblacion reclutando algunos malvados en los sitios sospechosos, y conduciéndolos á la cárcel, los animó á emprender la operacion con sus ademanes y con su voz. «Mis gentes son unos bandidos,—dijo Ronsin á los que le afeaban las maldades de su tropa;—pero ¿eran más honrados los que componian las legiones que ejecutaron las proscripciones de Mario?»

Otro batallon reclutado en las sentinas de Paris pasaba por Reims, dirigiéndose á la frontera para servir á las órdenes del general Duhoux. Un agitador llamado Armonville se presentó delante de este batallon en el momento en que el general le revistaba. En vano el jefe trató de contener á los soldados. Armonville los arengó, y se le unieron unos cincuenta; los dirigió á la Sociedad popular, les distribuyó armas, les dió las señales de ciertas casas, les designó las víctimas y les animó á herir. Dos administradores fueron los primeros asesinados en las gradas de la casa del ayuntamiento, jugando despues los asesinos á las bochas con sus cabezas, y arrojando en una hoguera encendida en el atrio de la catedral á todos los sacerdotes que habia en la ciudad. Durante dos dias, los asesinos alimentaron esta hoguera con nuevas víctimas, y obligaron al sobrino de uno de aquellos sacerdotes á llevar con sus propias manos la leña para consumir el cuerpo de su tío. Cortaron las piernas y los brazos á Mr. de Montrosier, hombre extraño á la ciudad é inocente de toda opinion política, llevándole mutilado de este modo á que espírase á la vista de su padre y de su esposa.

Estos malvados jugaban con la agonía, con la conciencia y con los remordimientos de los que inmolaban. Uno de los sacerdotes, rodeado por las llamas y vencido por el dolor, pidió que se le dejase prestar juramento á la nacion. Le sacaron del fuego, y el procurador del ayuntamiento, Couplet, cómplice de estas escenas, llegó y recibió el juramento. «Ahora que has dicho una mentira,—dijeron los verdugos al desgraciado,—vuélvete á tu sitio con tus compañeros.» Y le arrojaron de nuevo á la hoguera. Estos incendiarios de hombres concluyeron por quemarse unos á otros. Un tejedor llamado Laurent hizo la lista de los que se destinaban al suplicio, é inseribió en ella á un mercader vecino suyo, cuyo crimen era haberse

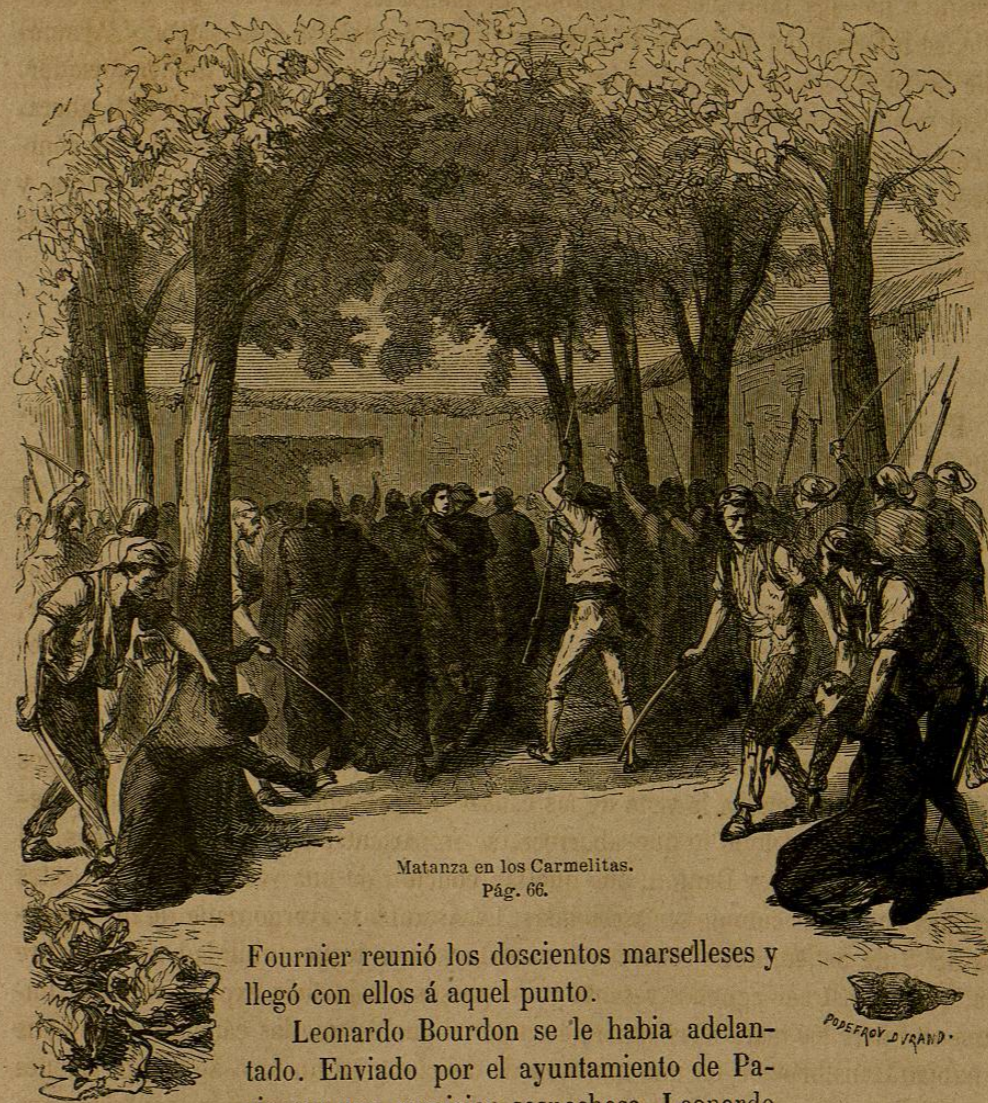
negado á fiar sus mercancías á Laurent. El mercader, agente secreto de Armonville, se informó del lazo que se le tendía, y fué á quejarse á su patrono. Armonville borró el nombre del mercader, é inscribió en su lugar el de su denunciador. En el momento en que Laurent señaló á su enemigo para arrojarle á la hoguera, le cogieron á él y le lanzaron á las llamas en medio de las risotadas de sus cómplices. Su sangre impura apagó la hoguera. El terror fué tan servil en Reims, y el nombre de Armonville intimidó tanto la conciencia pública, que la ciudad le nombró pocos dias despues su representante en la Convencion.

II

El dedo de los exterminadores no podia olvidar las cárceles del tribunal superior de Orleans. Sesenta y dos acusados del crimen de lesa nacion las poblaban. Los que estaban presentes en la memoria del pueblo eran el anciano duque de Brissac, jefe de la guardia del rey, y Mr. de Lessart, ministro proscrito por los girondinos. Habia ademas muchos obispos, magistrados y generales denunciados por su departamento ó por sus tropas, varios periodistas del partido de la corte, y en fin, los veintisiete oficiales del regimiento de Cambresis acusados de haber intentado sorprender la ciudadela de Perpiñan para entregarla á los españoles, yacian más de un año en aquellas prisiones.

La ligereza de las acusaciones, la falta de pruebas, la ausencia de los testigos suspendia ó amortiguaba la vista de las causas. La prevencion, que juzga sin pruebas y que condena todo lo que aborrece, se impacientaba de estas lentitudes. El ayuntamiento, Marat y Danton, que querian concluir de una vez, encontraron estas víctimas en disposicion de ser asesinadas. La Asamblea, avergonzada de los degüellos del 2 de Setiembre, ejecutados á su vista y cuya responsabilidad recaia sobre ella, queria sustraer aquellos sesenta y dos presos á la justicia expeditiva del ayuntamiento; pero los maratistas esparcieron por el pueblo que las cárceles de Orleans se habian transformado en una mansion de delicias y en un foco de conspiraciones merced al oro del duque de Brissac, y que abririan sus puertas á la señal dada por los emigrados, quitando á la nacion su venganza; tambien se habló de un próximo raptó de los presos.

Sobre estos rumores, doscientos marseleses y un destacamento de federados y degolladores, dirigidos por el polaco Lazouski, salieron para Orleans en virtud de una órden secreta de los agentes del ayuntamiento. Así que llegaron á Longjumeau, escribieron á la Asamblea diciéndole que se habian puesto en camino para transportar los presos á Paris. Inquieta la Asamblea, á peticion de Vergniaud y de Brissot, expidió un decreto por el cual se les prohibia á los federados disponer arbitrariamente de los presos ó culpables, sujetos sólo á lo que dispusiese la ley. Lazouski y sus satélites fingieron obedecer el decreto, y respondieron que iban á Orleans para guardar á los presos, á quienes se queria arrebatár. Vergniaud y sus amigos, que comprendieron este lenguaje, fingieron tambien quedar satisfechos con esta obediencia á medias, pero hicieron dar acto continuo otro decreto en el que se encargaba á los ministros que enviasen á Orleans mil ochocientos hombres para precaver toda tentativa de fuga. El mando de estos mil ochocientos hombres fué confiado á Fournier el Americano. Así que llegó con esta fuerza á Longjumeau,



Matanza en los Carmelitas.
Pág. 66.

Fournier reunió los doscientos marseleses y llegó con ellos á aquel punto.

Leonardo Bourdon se le habia adelantado. Enviado por el ayuntamiento de Paris con una comision sospechosa, Leonardo

Bourdon, ciudadano de Orleans, pero amigo de Marat, so pretexto de evitar una lucha entre el destacamento parisiense y la municipalidad de Orleans, neutralizó la guardia nacional de esta ciudad. La guardia nacional, fuerte de seis mil hombres adictos á la ley, se habia trasladado á la cárcel con alguna artillería para defenderla; se negoció y quedó convenido que los presos serian respetados y entregados por la guardia nacional á la escolta que debia conducirlos á Paris.

Siete carromatos, conteniendo cada uno ocho presos cargados de cadenas, se pusieron en camino el 4 de Setiembre á las seis de la mañana. Fournier marchaba á caballo á la cabeza del convoy. Un collar de la órden de San Luis, algunas cruces de Cincinnato y otras condecoraciones militares arrancadas á los presos, colgaban del pretal de su caballo.

La Asamblea, informada de los acontecimientos de Orleans, decretó por conducto de Vergniaud que la columna no entrase en Paris. Los comisarios enviados á Etampes para detener la marcha de Fournier fueron intimidados por Leonardo Bourdon. Los federados patearon el decreto de la Asamblea y se dirigieron á Versailles. Sin embargo, los verdugos del 2 de Setiembre esperaron el convoy en Arpa-

jon. Estos hombres se reunieron á la escolta y llegaron al mismo tiempo que aquél á las puertas de Versalles. El corregidor Richaud, sabedor del peligro, tomó todas las medidas que le aconsejó la prudencia y la humanidad. Fournier y Lazouski, con dos mil hombres y la artillería, tenían una fuerza suficiente para evitar todo atentado; pero todo parecía dispuesto por ellos de antemano para entregar su depósito en lugar de defenderlo. Los cañones y la caballería de la escolta precedían á una distancia considerable á los carros. Una débil fila de cinco hombres marchaba á los lados del camino. El corregidor, acompañado de algunos diputados municipales y oficiales de la guardia nacional, imponía sólo con su presencia y con sus palabras á los asesinos. Esto acaeció en un domingo, á la hora en que el pueblo va á distraerse un rato de las tareas de la semana á este ó el otro punto, por cuya razón estaban desiertas las calles de la ciudad. La banda de degolladores que espiaba esta presa no se componía sino de unos cuarenta ó cincuenta hombres. Dejaron éstos pasar los carromatos hasta la verja del jardín que conduce á la casa de fieras, sitio que se había preparado para hacer alto en él aquella noche. Tan pronto como Fournier, los cañones y la caballería de la escolta habían pasado la verja, los asesinos la cerraron, dejándolos dentro é inhábiles para impedir lo que se hiciese por fuera. Fournier, sea sorpresa real, sea simulación de violencia, fué derribado del caballo por hombres del pueblo, luchando débilmente para que se abriese la verja que le separaba del grueso de su tropa y de su depósito. Lazouski, en la retaguardia, no hizo ninguna demostración para acercarse al convoy. Los asesinos, dueños ya de éste, se arrojaron sobre los presos encadenados, que nadie les disputó. En vano el corregidor Richaud se interpuso entre ellos y su presa, en vano subió al primer carromato y apartó con sus manos los sables y las picas, cubriendo con su cuerpo las dos primeras víctimas. Derribado sobre los cadáveres y cubierto con la sangre de aquéllas, los asesinos le llevaron desmayado con la emoción á una casa vecina, y llevaron á cabo sin resistencia, por espacio de más de una hora, aquella carnicería á sangre fría, que una ciudad consternada y dos mil hombres armados no supieron impedir en medio del día.

El intrépido Richaud, vuelto de su desmayo y arrancándose de los brazos de los que le detenían, se escapó de la casa adonde le habían llevado, volvió á los carros, se arrodilló ante los asesinos, se agarró á sus brazos ensangrentados, les echó en cara que deshonraban la revolución y la ciudad en donde aquélla había triunfado del despotismo, y les ofreció su propia vida por rescatar la de la última de sus víctimas. Su generosidad fué admirada hasta de los mismos asesinos, pero nada consiguió. Sólo siete ú ocho presos que se precipitaron de los carromatos, protegidos por la compasión de los espectadores, consiguieron escapar y refugiarse en las casas inmediatas: todo el resto sucumbió. Cuarenta y siete cadáveres, encadenados aún de piés y manos, quedaron tendidos en la calle y atestiguan la barbarie y la cobardía de los degolladores. Estos formaron un trofeo de cuerpos y miembros hechos pedazos en el centro de la encrucijada de Quatre-Bornes. Las cabezas cortadas, paseadas en triunfo por los asesinos, fueron después plantadas sobre las lanzas de la verja del palacio de Versalles. Se reconocía entre ellas la del duque de Brissac por sus cabellos blancos manchados de sangre y arrollados en la verja de la puerta del palacio de sus señores. Dos de estos asesinos, Foliot, mayor-domo de fábrica de la iglesia de Meudon, y Hurtevent, guardabosque de Verrieres,

llevaron de café en café, el uno el corazón sangriento arrancado del pecho del duque de Brissac, y el otro un pedazo obscuro cortado del cadáver del ministro Lessart. Una jóven embarazada de algunos meses á quien enseñaron aquel pedazo de carne humana, cayó desmayada al verlo, se rompió la cabeza, y murió del golpe. Varios muchachos despedazaron los miembros esparcidos por la calle y se los echaron á los perros. Una mujer llevó por los cabellos una de aquellas cabezas



Muerte de la princesa de Lamballe.—Pág. 70.

á la asamblea de los electores, y la puso sobre la mesa del presidente. Todo el que no aplaudía callaba; el silencio era valor en aquella ocasión.

III

Hacia ya más de una hora que los matadores habían concluido y que los muertos estaban abandonados, nadando en su sangre, cuando los espectadores que contemplaban á lo lejos aquellos restos vieron que un ligero movimiento agitaba los cadáveres. Descubriéronse en primer lugar unos brazos ensangrentados, y luego

asomó una cabeza calva y el tronco desnudo de un cuerpo que trataba de abrirse paso entre aquel monton de cadáveres que le sofocaba con su peso. Era éste uno de los presos, que volvia del desmayo en que le habia sumido la mucha sangre que habia vertido, y que tenido por muerto por los asesinos, se habia guarecido debajo de los muertos para evitar los golpes que debian concluirle. El infeliz trataba de desprenderse de aquella porcion de cuerpos mutilados en donde estaba metido hasta la cintura, y espiaba con una mirada furtiva hácia qué lado debia arrastrarse para encontrar un asilo. Ya los testigos mudos de esta inesperada resurreccion le hacian signos de inteligencia y de compasion. Por ellos estaba salvo; pero uno de los asesinos, volviendo por casualidad á aquellos sitios, vió al pobre anciano, y aproximándose á él con el sable levantado, le dijo: «¡Ah! Tú te despiertas. Espera, yo te haré dormir otra vez por más tiempo». Diciendo esto, le abrió la cabeza de un sablazo y le acostó de nuevo sobre aquella cama de la muerte.

Desde allí los matadores se fueron á las dos cárceles de Versalles, y á pesar de los esfuerzos de Richaud, degollaron diez presos. Los restantes debieron su libertad á la intrepidez, á la elocuencia y á los engaños piadosos de aquel generoso magistrado. No habia cesado éste hácia dos dias de advertir al poder ejecutivo los peligros que amenazaban la vida de los presos de Versalles, y de reclamar fuerzas de Paris. Alquier, presidente del tribunal de Versalles, fué dos veces á casa de Danton, ministro de Justicia, para que proveyese, segun era de su deber, á la seguridad de las cárceles. La primera vez Danton se excusó; la segunda se irritó por una insistencia que agitaba los remordimientos ó la impotencia de su corazon. Mirando á Alquier con una impresion asaz significativa, y como quien queria ser entendido, le dijo con voz áspera é imponente: «Mr. Alquier, esos hombres son muy culpables, muy culpables. Volved á vuestras ocupaciones, y no os mezcleis en este asunto. Si yo hubiera podido responderos otra cosa, ¿no comprendéis que ya lo hubiera hecho?» Alquier se retiró consternado. Habia comprendido perfectamente.

Estas palabras escapadas á la impaciencia de Danton son el comentario de las que profirió el 2 de Setiembre en la Asamblea.

«La patria se ha salvado,—dijo,—la campana que se va á tocar no es una señal de alarma, es la de la carga que va á darse á los enemigos de la patria. Para vencerlos, para aterrarlos, ¿qué es lo que se necesita? ¡Audacia, audacia y siempre audacia!» El sentido que tenían estas palabras en su pensamiento se manifestó bien á las claras en la noche que siguió á los asesinatos de Versalles. Los asesinos de Brissac y de Lessart volvieron á Paris en cuanto anocheció, y se presentaron bajo las ventanas del ministerio de Justicia, pidiendo armas para volar á las fronteras. Danton se levantó de la mesa y apareció en el balcon. «No es el ministro de Justicia, sino el de la revolucion, el que os da las gracias», —les dijo. Jamás ningun exterminador reconoció más descaradamente á sus cómplices. Danton violaba las leyes que estaba encargado de defender, y aceptaba la sangre que estaba encargado de vengar; fué ministro, no de la libertad, sino de la muerte. Los crímenes de Setiembre no deben achacarse á la libertad, son exclusivamente obra de unos cuantos malvados.

LIBRO VEINTISIETE.

El ejército.—Dumouriez se mantiene en el Argonne.—Kellermann.—Miranda.—Campo de Sainte-Menehould.—Posicion de Kellermann.—El duque de Chartres.—Su retrato.—Valmy.—Victoria.—Retirada del ejército prusiano.—Inaccion.—Perseverancia de Dumouriez.—Acalla las murmuraciones de sus tropas.—La república es reconocida en los campamentos.

I

Mientras que el interregno del reinado á la república entregaba así Paris á los satélites de Danton, Francia, con todas sus fronteras abiertas, no tenia más salvacion que el bosque de Argonne y el genio de Dumouriez.

Hemos dejado el 2 de Setiembre á este general encerrado con diez y seis mil hombres en el campo de Grandpré, y ocupado con débiles destacamentos los desfiladeros intermedios entre Sedan y Sainte-Menehould, por donde el duque de Brunswick podia tratar de romper su línea y envolver su posicion. Aprovechando hora por hora la lentitud de su enemigo, hacía tocar á rebato en todos los pueblós y ocupar las dos vertientes del bosque de Argonne, se esforzaba por excitar entre sus habitantes el entusiasmo patrio, hacía cortar los puentes y los caminos por los que el enemigo debia abordarle, y talar los árboles para dificultar los menores pasos. Pero la toma de Longwy y de Verdun, las inteligencias de los hidalgos del país con los cuerpos de emigrados, el aborrecimiento á la revolucion y la masa desproporcionada del ejército coligado, dificultaban la resistencia. Dumouriez, abandonado á sí mismo por los habitantes, no podia contar sino con sus regimientos; los batallones de voluntarios que llegaban lentamente de Paris y de los departamentos, y que se organizaban en Chalons, no traian consigo más que la inexperiencia, la indisciplina y el terror. Dumouriez temia más que deseaba semejantes auxiliares. Su única esperanza consistia en su union con el ejército que Kellermann, sucesor de Luckner, le traia de Metz; si esta union podia operarse á retaguardia del bosque de Argonne antes que las tropas del duque de Brunswick hubiesen forzado este muro natural, Kellermann y Dumouriez, reuniendo sus fuerzas, podian oponer una masa de cuarenta y cinco mil combatientes á los noventa mil coligados, y jugar con alguna esperanza la suerte de Francia en una batalla.

Kellermann, digno de comprender y de secundar este gran pensamiento, servia sin celos al designio de Dumouriez, satisfecho con su parte de gloria con tal que la patria se salvase. Este se trasladó oblicuamente desde Metz á la extremidad del Argonne, avisando á Dumouriez de todos los pasos que daba hácia él. Pero la inteligencia secreta que tenían estos dos generales quedaba oculta para la masa de